

GROSFENALIA



GRZALO MARTIRE

COPROFERNALIA

Gonzalo Martré

1a. edición, Agosto 1973
© Gonzalo Martré y FEM



2

Colección "BIBLIODEMOS"

FEDERACION EDITORIAL MEXICANA

COPROFERNALIA

G
O
N
Z
A
L
O
M
A
R
T
R
E

MEXICO

1973

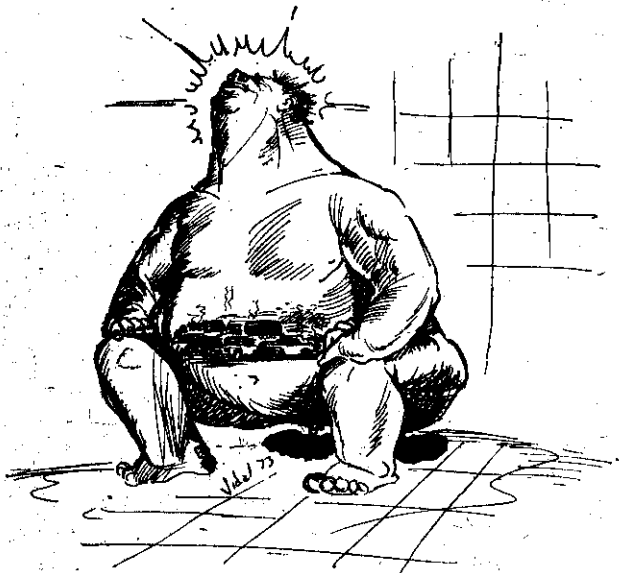
COPROFERNALIA

A Juan José Vidal y Trixo Ríos

Alvaro arrojó su traje de baño sobre la tapa del excusado y se encucilló bajo la regadera. Mientras fumaba un cigarrillo excretó una víbora de mierda negra; su expulsión fue lenta, sabrosa, reconfortante. Al principio tuvo cierta dificultad en evacuarla y concentró sus esfuerzos en activar los movimientos peristálticos de su intestino grueso. Sufrió doce horas de atraso y halló placentero el alivio intestinal.

Partió de casa un sábado a medio día alentando el propósito de liquidar el último pagaré de su coche; un Datsun de medio uso. Llevaba su gratificación anual para el pago del compacto adquirido hacía dos años. Su mujer insistió en acompañarlo, como todas las veces que Alvaro saldaba alguna deuda importante, no porque él fuera un irresponsable derrochador, sino porque ella fiscalizaba las operaciones de la economía doméstica y sentía "más satisfacción", si en su presencia los pagarés desaparecían como amenaza de embargo y la propiedad se consolidaba. Así fue con el refrigerador, la nueva estufa, la "tele" y así debía procederse en esa ocasión. No obstante, Alvaro se opuso. Débilmente, desde luego, porque era incapaz de contradecir a su mujer; en su fuero interno juzgaba que si bien lo acompañó a escoger el vehículo, es más, ella seleccionó modelo y color sobrepasándose en tres mil pesos a los cálculos iniciales, a él correspondía saldar la deuda, recibir la factura y sentirlo suyo, muy suyo, aunque ella lo retu-

viera siempre. Mientras la gorda orinaba sustrajo las llaves de su bolso, cerró silenciosamente la puerta, arrancó el coche y bajo una opresión desagradable como cuando de chiquillo rompía algún objeto valioso y luego temía la reprimenda materna o la paliza del padre, enfiló hacia el centro de la ciudad.



Sintió la punta del trozo que pugnaba por echar, distendiendo su ano e intentó desalojarlo con una serie de esfuerzos ventrales acompañados de sonoros pedos y pujidos. Sin embargo, un momento de flaqueza, una contracción fallida, le hizo perder parte del terreno dominado, y de nuevo aquel pitón se replegó obstinadamente.

En la esquina de Reforma y Bucareli, Alvaro se detuvo debido a un embotellamiento automovilístico. Junto al pedestal de la estatua del gordo Carlos IV, un

agente de tránsito maniobraba con la cachiporra a modo de batuta. Cientos de coches detenidos pitaban ensordecedoramente: desde Reforma hasta Chapultepec, por Bucareli hasta el Reloj Chino, todo Juárez y San Juan, de Rosales a Nonoalco y por Juárez poniente hasta Melchor Ocampo. Desgreñado, la gorra en el suelo, el agente de tránsito dirigía una sinfonía de su creación, titulada "La tempestad de los cláxones", y justamente atacaba el cuarto movimiento cuyo tema central era el insulto sin-copado con el golpeteo de los conductores sobre las láminas de las portezuelas. (Recuerdos a la madrecita universal). Los botones amarillos saltaban de su chaqueta azul a medida que el paroxismo creativo le henchía el tórax. Los semáforos guiñaban desincronizados bajo la dirección de aquel émulo de Stravinsky. A los bocinazos, los golpes y el sibilar de innumerables radiadores que dejaban escapar géysers de un metro de altura volando el capó, se unieron las vocinglerías increpantes en tono mayor de los furiosos choferes en demanda de paso y punto final a la "Tempestad de...". Era imposible acercárceles, su cachiporra-batuta imponía respetable distancia entre él y los agresores; a sus pies yacían quince osadas cabezas rotas, y a lo lejos las sirenas de cinco ambulancias cargaban la glorieta de electricidad estática. Miles de nervios reventaban bajo la piel de conductores y pasajeros. Cientos de cabezas caían deshechas sobre los volantes, convertidas en celentéridas formas lieuefaccionándose a consecuencia del calor. Alvaro quedó atorado precisamente junto a Música, ex compañero de la escuela secundaria. Se reconocieron y Música le gritó:

—¡Tú eres Alvaro Gutiérrez, verdad!

Hacía diez años que no lo veía. No obstante, Música fue notorio en ese lapso, porque cuando Alvaro hojeaba las revistas frívolas, leía invariablemente al pie de las fotos de las rorras nudistas más apetecibles, una leyendita significativa: "Foto de Jesús Música". ¡Qué

envidia! El maldito Música, mediocre cuando estudiante, tenía a su alcance preciosidades del tipo de la Cano o. de la Islas. Se lo imaginaba viéndolas en cueros y tocándolas con sus manos de campesino: date vuelta, chula, ese ángulo no te favorece. Ponte así. Y las manazas de Música sobre la grupa o las piernas de las inalcanzables.

—Y tú eres Música

—Sí. Dame un *ride*

—¿A dónde jalas?

—A mi estudio

—Ajá, pero, ¿dónde está?

—Por Narvarte

—Yo me quedo en Morelos

—Llévame, tengo una cita urgente y no hay "libre" que me levante

Observó un relajamiento total del esfínter bajo el majestuoso reptar de aquel monumental cerote. Levantó las nalgas un palmo evitando que aquella butifarra le manchara las piernas. El inconfundible olor de la caca corrompida le inundó las fosas nasales. ¡Treinta y seis horas! Cuando él usualmente defecaba cada veinticuatro, como reloj, a las cinco de la mañana. Los tronidos gaseosos rápidamente infestaron el ambiente. Música subió al auto por indicación suya.

—Te encaminaré, pero no pienses que te llevo hasta Narvarte

—Vamos, ya tengo media hora de atraso y debe estar muy molesta Teresa Valdés

—¿Quién es esa?

—Una chiquita formidable. Tiene mucho porvenir en el cine. ¿Sabes que soy fotógrafo profesional, verdad?

—He visto tus fotos pero a ella no la conozco

—Ya la conocerás. Digo, si me acompañas

—¿Me la presentas?

—Claro. Y hasta puedes ver cuando la fotografíe. Está estupenda. Fíjate que tiene dieciséis años. ¡Pero parece de dieciocho!

—Hecho, te llevo

Cuando Música trepó, el nudo gordiano era indestructible. Varios agentes de tránsito simulaban acercarse a su compañero, pero en realidad impedían que los alterados conductores avanzaran y les marcaban el alto cuando en medio de su desesperación pretendían linchar al perturbador. Algunos choferes, desde seis o siete cuadras atrás lograban arrastrarse debajo de decenas de automóviles, abrigando la esperanza de echarle mano. Cuando eran descubiertos por los agentes, quienes funcionaban como una disciplinada orquesta, recibían patadas en la cara, y maltrechos y adoloridos reptaban en reversa. Mas no eran tantos los agentes y sí muchos los embotellados. Uno pudo librar la vigilancia y disparó desde la llanta derecha de un Chevelle afónico, con magnífica puntería metiéndole una bala al desafortunado agente director, en el justo instante que iniciaba el octavo movimiento de su sinfonía inmortal. Caído el director, la orquesta se replegó hacia la estatua, pero ya el Departamento Central había girado órdenes y cuarenta bulldozers despejaban la retaguardia destrozando los automóviles que no se movían ligeros, amontonándolos como chatarra en la banqueta. Los agentes cómplices corrieron aterrorizados y la mayoría cayó aplastada por los vengativos choferes que estuvieron más de ocho horas en esa glorieta oyendo la inconclusa Sinfonía de la Tempestad de los Cláxones.

Alvaro evadió un bulldozer que traía pésimas intenciones y enfiló hacia Bucareli.

El trozo acabó de salir. Los gases también suspendieron su sinfonía pastoral y sintió el vientre suelto y ágil. Arrancó papel y se limpió cuidadosamente. En la operación invirtió cinco minutos y tres metros de papel

higiénico cortado en ocho trozos. Se puso el calzón de baño. Y de pie, satisfecho, contempló su obra. Sí señor. Su obra. Medía unos veinticinco centímetros de largo y cinco de diámetro. Presentaba una superficie escamosa y brillante, moteada por ollejos de frijoles y chile guajillo. El producto yacía sobre los mosaicos del baño. Alvaro cortó otro pedazo de papel y probó a recoger su querido excremento. Estaba duro al tacto. Protegiéndose los dedos, recortó la punta demasiado dura y la aventó a la taza. (Unos dos centímetros podados inmisericordemente de aquel bello ejemplar). Al resto lo trasladó a la cocina y lo colocó en un plato extendido. Aún amputado, el cerote rebasaba los límites de la circunferencia del plato. Luego hurgó en los cajones y sacó una cuchara sopera. En el camino al estudio de Música, se contaron su vida a grandes rasgos. El estudio resultó decepcionante. Un departamento acondicionado como tal. Y mal acondicionado, por añadidura; ninguna particularidad denotaba que fuera el estudio de Música, el Gran Música, el Fotógrafo de las Estrellas. Teresa, en cambio, lo satisfizo plenamente. Música no le mintió: tenía unos dieciséis años, aún cuando su cuerpo pertenecía a un espécimen femenino más desarrollado. Pero muy bien, ¡requetebién estaba!.

—Pensé que no venías ya, Jesús—, dijo la chica.

—Me entretuve en el laboratorio y luego no podía salir del centro. Mira, él va a publicar una nueva revista. ¿Cómo se llama?

Alvaro fue pillado en la contemplación de las piernas de Teresa, y apenas balbuceó:

—Estrellas

—¿También? —preguntó ella—. Ya hay muchas que se llaman así —comentó.

—Estrellas del mañana —rectificó Alvaro—, dedicada a los prospectos del cine, radio y televisión. Como usted

—Aquí no hay usted —declaró Música— si vas a lanzar esa revista, acostúmbrate a tutear a todo el mundo

—Bueno, como tú

Música se afanaba parando tripiés y conectando cables.

—Voy a tomarte diez fotos. Tendrás tres copias de cada una para tu representante o lo que sea. Las demás copias las venderé a la revista de éste o de cualquiera. ¿De acuerdo?

—¿Y qué gano con eso?

—Publicidad gratis, chiquita. Las fotos del Gran Música aparecen en todas las revistas. En todas

Música terminó de disponer los reflectores y cargó la cámara. Levantó el plato y con la cuchara separó un trozo de aquel desecho orgánico y grueso. Le hundió el índice y quedó satisfecho de su consistencia. *Antes de que se endurezca*, caminó hasta el próximo apagador de la luz y lo embarró de mierda cubriéndolo totalmente. Lo mismo hizo en todas las habitaciones: recámara, cocina, baño y entrada. No complacido de su obra, unió las llaves del agua.

—Vas completamente desnuda en la serie—, anticipó Música.

—¿Completamente?

—Sí chica. No te dé pena. Nuestros ojos son de artista. Estamos acostumbrados.

Pero yo no

—Pues acostúmbrate; en esta carrera que escogiste, pasarás la mayor parte del tiempo en cueros. Acostúmbrate

—Y... vas a retratarme... ¿de frente?

—No es preciso. Buscaré buenas poses. Pasa al baño y desnúdate. Te envuelves en una toalla para que no te avergüence entrar así. Luego que ya esté listo, te la quitas y empezamos

Cuando la chica entró en el baño, Alvaro le cu-chicheó a Múgica:

—Oye, ¿y luego?

—¿Luego de qué?

Lolita no demorará en volver. Fue al super por latas y cervezas. Calculó su tardanza basándose en una posible reunión con el tipo de la playa. No le importaban sus devaneos. Sólo le atraía sexualmente, aunque Lolita no sabía coger, ni siquiera mamar. Tampoco era novicia. Ya había tenido dos o tres amantes, muchachos de su edad incapaces de refinamientos exóticos ajenos a la idiosincracia de nuestro pueblo. Definitivamente se oponía a la "manera francesa". Eres un cochino, decía cuando trataba de investigar el sabor de su clitoris, metiendo la boca entre sus piernas. Entonces Lolita oprimía con toda la fuerza de su "eustodium virginatus" y en breves segundos Alvaro pedía paz. Teresa salió semienvuelta en una toallita afelpada. Sus senos eran dos flores morenas de negro remate. Parecían duros, lo mismo las piernas y el vientre. Duros y tersos. Piel morena cálida. Múgica estiró la mano y arrebató de un tirón la toalla. Teresa se dio vuelta súbita y Alvaro no logró ver nada del sexo.

—Párate aquí —ordenó Múgica tomándola de los hombros, y la colocó en pose. Luego arregló los reflectores para obtener las sombras deseadas. —No te muevas —dijo mientras enfocaba la Rolleiflex—. Ya está. Ahora así...

Alvaro seguía admirando el cuerpo de Teresa. Mentalmente lo comparaba al rechoncho y flojo de su mujer. En el extremo, por completo en el extremo. ¿Desde cuándo no ves, ni tocas un cuerpo como ése? ¿Diez, quince años? ¿Desde tu adolescencia? No, desde tu luna de miel y cuatro meses después. Luego el cuerpo de tu mujer consintió una metamorfosis increíble, kafkiana. Las tetas crecieron inconmensurablemente, la cintura desapa-

reció bajo un anillo oleaginoso y sus graciosas piernas se convirtieron en redondos permiles de chanco. Cosas del embarazo, confiaste en aquel entonces, y cuando se alivie será una mujercita fresca, juncal y atractiva. Lamentablemente tu hipótesis fue errónea. Tuvo el hijo pero permaneció gorda, obscenamente obesa. Te diste cuenta de lo irreversible del cambio cuando viajaron a Cuernavaca en camión. El boletero de la terminal se negó a venderle un asiento a ella, exigió que se compraran dos, uno para cada nalga. Después de discutir durante media hora, cediste a las razones expuestas por el hombre y compraste cuatro asientos: dos para la gorda, uno para ti y otro para tu hijo. Ella entró de lado en el autobús puesto que las caderas no pasaban de frente. Aun así requirió el esfuerzo conjunto del chofer y su ayudante jalándola de los brazos y de siete pasajeros empujándola de nalgas. El error de venderle boleto fue deplorado por la compañía en la primera curva pronunciada. El peso de la gorda hizo derrapar al camión, chocándolo contra el talud derecho de un cerro situado aproximadamente en el kilómetro quince. El impacto produjo un derrumbe por concusión en el cerro próximo, desgajándolo de tal modo que se formó un efecto carambólico a través del Ajusco, el Eje Volcánico, la Sierra Madre Occidental y los Andes, dando como consecuencia la catástrofe de Huancayo, calculándose cien mil víctimas, en su mayor parte quechuas. Después se puso en claro que quien más contribuyó con sus empujones sobre las nalgas de la gorda fue un peruano, de nombre Manuel Mejía, residente en México, desde entonces y para siempre, expulsado de su patria como responsable directo de la muerte de esos indígenas, no por quechuas, menos peruanos que él.

La salita estaba oscura. Las persianas y las cortinas impedían el paso de la claridad exterior. Oyó la llave en la cerradura y se abrió la puerta. Lolita alcanzó

el interruptor y lanzó un ¡chingaos! sonoro. ¡Ya se embarró!, dedujo Alvaro conteniendo la risa. ¡Alvaro! ¡Estás ahí? El no contestó. ¡Maldito marrano! El foco permaneció apagado y tuvo que atravesar la sala a tientas. Tropezó con una silla puesta calculadoramente en su camino. El estrepitoso caer de latas y botellas lo alborozó más. Música le dijo:

—Es un trabajo profesional. Imagínate, si me pongo a corretear a las chicas que retrato, ¡me quedo sin clientela! me desacredito. Por eso me buscan, no me sobrepaso con ellas. Acuérdate que no te invité a una orgía, sino a una sesión profesional de fotos.

Terminó su quehacer y ordenó a Teresa alargándole la toalla:

—¡Vístete criatura!

—Si yo fuera fotógrafo —suspiró Alvaro.

—Has visto lo prometido. ¿O te prometí algo más?

—No, no. Oye, ¿y qué tal si les invito a comer?

¿O también eso te prohíbes?

—No, por supuesto. Vamos donde tú quieras

Lolita llegó a la recámara y trató de encender la luz. El tacto y el olfato le comunicaron pésimas noticias. Maldiciendo pasó a los interruptores de la cocina y el baño, obteniendo el mismo resultado. Exasperada, se llevó las manos a la cabeza. Las quitó con celeridad al comprender que se embijaba el pelo y estalló en imprecações: ¡Puerco, puerco, puerco! ¡Dónde estás cerdo del demonio! Alvaro se carcajeó desde su escondite. ¡Prende la luz, desgraciado cochino! Alvaro salió del departamento riendo mefistofélicamente, conectó el interruptor general y regresó a contemplar su obra. Lolita se duchaba. Vació medio frasco de champú en su cabeza y ríos de espuma cubrieron su cuerpo. Me gustaría que te viera tu pretendiente de la playa. ¡Estás fascinadora!

El plan dio buenos resultados. Antes de comer ordenó tragos a pasto. Música y Teresa tomaron tres cada uno; Música se tornó comunicativo, inclusive recordó viejas anécdotas escolares. Teresa casi no habló, los colores le salieron a la cara y en sus ojos brillaron chispitas de alegría. Después de la comida vino el brandy y Música se levantó alegando compromisos ineludibles. A Teresa le preguntó con indiferencia:

—¿Te quedas?

—Oh sí —inventó Alvaro— vamos a planear la inclusión de las fotos que tomaste hoy para la portada de la revista. Música se despidió y quedaron solos. Teresa enmudeció. La edad de Alvaro le imponía un cierto respeto que, una vez desaparecido el fotógrafo, le hizo usar el tratamiento de tercera persona.

—¿Y cuándo sale su revista?

—En una o dos semanas. ¿Se te olvidó que nos tu-teamos?

—Es que se me hace redifícil

—Olvidalo, toma otra copa

Alvaro presintió la hora de cagar. La hora normal, es decir, las cinco de la mañana. Esa costumbre le había escamoteado muchas horas de sueño durante los pasados treinta y ocho años de su vida. Desde siempre cagó a las cinco y nunca necesitó despertador. ¿Cuál superaría a su intestino grueso? ¿Cuál más exacto aviso que ese dulce ronroneo dentro de las tripas? Dos o tres pedos preludiaban la función y automáticamente abría los ojos, sacudía las cobijas, quitaba de encima los trece kilos correspondientes a la mano de su mujer y tan lúcido como si fueran las diez, enfilaba al excusado. Esa vez no siguió la secuela. Dio salida al aire mefítico que se abolsonó bajo las sábanas, y apretó el esfínter. *Hasta la noche, hasta la noche*, y trató de dormir sin conseguirlo. Teresa se emborrachó conscientemente. El primer síntoma lo alegró.

—Oye, ¿Y si fuéramos a bailar?

—Es muy temprano —diferió Alvaro mientras pensaba dónde. Parecería su hija. La idea de llevarla a los lugares visitados acasionalmente con su mujer, era muy descabellada. No porque pudiera tener un mal encuentro, el círculo de sus amistades acudía en contadas veces a un sitio de lujo. Trató de cuantificar los imponderables coincidentes en casos así. Preferible una *boite* bastante cara, constituía lo más seguro. ¡Tampoco! Era sábado, los sábados no trabajaba y por consiguiente salía sin corbata y en camisa deportiva. Teresa dio la solución requerida:

—¡Vamos al Prado Floresta!

Ligando lejanas asociaciones Alvaro propuso:

—Es temprano; antes, vayamos al Bar de Perico, está cerca de ahí, oiremos un poco de música suave, nos tomamos otras copiosas y luego nos dejamos caer al Prado Floresta. Hoy no vamos a la playa, le anunció a Lolita. Saldré a pescar. ¿Quieres ir? Ella lo miró. ¿Pescar? ¡Qué aburrido! Mejor me quedo. Alvaro reprimió una sonrisa. Como quieras. Regresaré tarde, después de las seis. Si vas a la playa no te quemes más, luego no puedes moverte. Lolita alzó los hombros. Tú nada más pensando en eso. Naturalmente, no fue a pescar. Llevó su coche a las colinas cercanas desde donde podía ver la casa sin que Lolita lo sospechara. Tal como supuso, la chica partió hacia la playa. Alvaro entró en la casa, subió a la azotea y cerró las llaves del tinaco. Bajó a abrir el grifo de la ducha y del lavabo hasta agotar el agua. Agradeció a Lolita la pronta salida, porque su intestino reclamaba mediante enérgicos retortijones, una demora desusada en la habitual tarea de cagar.

Aún oía la ducha cuando ya estaba en cuclillas sobre la cama. Con un restallido de vientos semejante al estruendo provocado por las explosiones del Parícutín, la sábana recibió un chorro de mierda caliente y espeso.

Poco le importaba la contaminación de sus zapatos en aquella laguna pestífera; las olas cubrieron las suelas, Alvaro ascendía al limbo. Nunca había soportado una contención de seis horas. En ese momento, el cagar le parecía la función más noble del cuerpo humano. Como a Dalí, le molestaba la poca importancia que da la sociedad al acto de defecar. Le parecía imperdonable. El gozaba mucho defecando, y creía que a todos debía sucederles lo mismo y le parecía incomprensible hacerlo solo, apartado, escondido, casi marchito y en letrinas insulsas, frías. En eso se había adelantado al maestro catalán: cuando Dalí anunció la decoración de una letrina (estoy construyendo una hermosísima letrina que es en realidad la boca de un enorme delfín. Usted sube por medio de una pequeña escalera hasta la boca del delfín donde encuentra comodidad, lujo y un amplio panorama, a la vista de todos), él tenía la suya terminada y en uso desde cuatro años atrás. Un chorrito de orines le anunció el término de la cagazón. Notó sus zapatos enmiércoles y lanzó una invectiva. ¡Putísima madre! ya me ensució. Aprovechó el descuido, quitóse el derecho y usándolo como espátula extendió aquella mancha en la parte media de la sábana. Luego, artísticamente, desplegó y restiró la otra sábana prendiéndola con alfileres a la almohada evitando tocar la superficie sucia. Satisfecho, contempló aquella obra maestra: en apariencia, la cama se veía pulcramente tendida y sin asomo del contenido intersabanal. ¿El olor? Lolita ya estaba familiarizada, eso no constituía un peligro serio. Saló hacia su puesto de observación provisto de sandwiches y latas de cerveza fría. En el Bar de Perico, Teresa abandonó su desconfianza al calor de unos zombies mañosamente preparados por el cantinero. Le contó su historia, una historia tantas veces leída o vista en las churronovelas de la televisión, que a Alvaro le fastidió

pronto: sin embargo, fingió interés y hasta hizo algunas preguntas:

—¿Y tu novio se hizo para atrás?

—Sí. Dijo que no era señorita

—Pero, ¿sí lo eras, verdad?

—¡Claro! Bien que me dolió

—¿No hubo consecuencias?

—¿Cómo?

—Que si no saliste con panza

—No. Nada de eso

—Y después de tu novio. ¿Cuántas veces lo has hecho?

—No sé

—¿Perdiste la cuenta?

—No es eso. No llevo la cuenta. Muy pocas. Tres o cuatro

Alvaro pensó en las imprescindibles fornicaciones con su esposa, esa mole de pellejos y grasa. Exceptuando la luna de miel, donde no era obligación, al contrario, éxtasis y amor, de ahí en adelante, mujer exigente, tres veces a la semana, doce al mes, ciento cuarenta al año, por diecisiete años, dos mil quinientas veces. Estaba cogiéndose a una mujer, la suya, poseída en dos mil quinientas ocasiones. Sí, ¡y cómo! El vientre le colgaba sobre la vulva, cubriéndola; también los muslos obstruían la entrada. La última vez tardó cerca de cuatro horas en tener expedito el camino. Primero aplicó una gruesa banda de manta al vientre, enganchó la banda a una garrucha empotrada en el techo y con un sistema de polipasto lo izó creyendo tener la puerta franca, y sólo encontró una tímida hilera de pelillos asomando entre las monstruosas piernas; dispuesto a no ser derrotado, consiguió dos gatos hidráulicos de cinco toneladas de potencia y cuatro tablones de tres centímetros de espesor ya sin la molestia del vientre (suspendido), trabajó

arduamente con los dos gatos en la separación de los muslos. Los tablones lastimaban a la gorda y sus ayes quejumbrosos ponían más vigor en el brazo de Alvaro. Poco a poco fue separando las montañas y abriendo el tajo deseado. Cerca de la madrugada consiguió poner al descubierto la escondida vulva. A su vista se enardeció Alvaro, tuvo una erección casi dolorosa por lo violenta y luego se le presentó el segundo problema: el andamiaje liberador hacía difícil una posición normal. La montó contorsionándose entre cables, tablas y fierros. Se vino rápidamente, no supo si dentro de ella o en la oquedad producida por el tornillo sinfín del gato y el tablón de áspera superficie. La gorda no sintió placer y aprovechó la lasitud de Alvaro para dejarle caer un seno mediante un movimiento de torso. Alvaro salió despedido de la cama, semiatontado y con un testículo hecho papilla. En venganza no retiró el andamiaje y al mediodía quince vecinos acudieron a desarmar todo, casi a tientas, porque la gorda se tapaba y no les permitía que le vieran sus pudendas partes.

Y ahora tenía una chiquilla que, pecando de pesimista, contabilizaba apenas unas quince cogidas en su haber. ¡Qué diferencia! La seducción iba adelante: Teresa reanudó el tuteo y después de retirar la mano tímidamente, la cedió entre las suyas. Hizo cálculos; traía tres mil, menos la cuenta de la comida, lo del bar, los futuros gastos en el Floresta y en el hotel: saldría pagando unos setecientos pesos. Desacabalaba la letra del coche. ¡Peligro, rojo siete mil! Inventaría algo convincente. Por ejemplo ¡un robo! No, un préstamo a Múgica. No, a otro amigo. Sí, al compadre César a quien su mujer no veía desde hacía tres años, desde que les pidió cincuenta pesos y nunca los devolvió. Relataría una terrible tragedia. ¡La operación del ahijado! Apendicitis. No, mejor el ahijado con una bronconeumonía, no, una

pierna fracturada y la urgencia de componérsela. ¡Al pelo! César era trabajador libre y no disfrutaba de seguro social. ¡Perfecto! Lo encontró a la salida de la casa. No. Preferible a la vuelta, César le temía a ella. El se negó; le habló de sus innumerables deudas. Dé las letras atrasadas del coche. La renta. Imposible desoir los lamentos del compadre; difícil ignorar sus lágrimas. Cedió. Acompañó a César durante todo el día. Estuvo presente en la operación y el entablillado. Además le pusieron un enorme clavo. ¡Pobre niño! ¿Y el aliento? Explica eso, Alvaro ¿por qué llegas con aliento alcohólico? ¿Aliento? Borracho completo. A ver, Alvaro, aclara eso. Explícalo. Una tragedia radiofónica. Esa tarde atropellaron al ahijado y a un amiguito de la misma vecindad. El otro niño murió. Hubo velorio en la vivienda contigua; ya sabes como es la gente del pueblo, vieja. Hacen de cada velorio una pachanga. Acompañé a César a su casa. El otro compadre de César, papá del chamaco muerto, velaba a su hijo y no pude zafarme. Además estaba triste. ¡Vieras cómo vive el pobre César! Con esa gente hay que tomar, o te ven feo y hasta quién sabe. Así que bebí mis hojas con piquete. Bueno, yo por ser el amigo decente de César fui distinguido y me dieron habanero. Y no me dejaron ir hasta verle fin. Y la botella era de tres cuartos. No, de un litro. Y como ya sabes que no estoy acostumbrado, pues me hizo mucho mal. Dormí en la cama de César hasta que pasó el malestar. Bueno, si gratificaba a Teresa, gastaría mil pesos cargados a la insolvencia de César. La espera fue corta. Lolita regresó trayendo a su amigo, quien prudentemente aguardó a una cuadra de distancia. La muchacha entró, exploró y fue por él. Abrieron la puerta abrazados. Alvaro bajó aprisa del montículo rodeó la casa y espío por la ventana, a través de un agujero practicado en la cortina. En la sala se besaron largamente. En la recámara em-

pezó a desnudarla de pie. Cuando la puso en ropa interior, ella le impidió seguir y le aflojó el cinturón. Veinte dedos nerviosos desabrocharon brassier y camisa. Cuatro palmas cálidas removieron calzón y pantaleta hasta los tobillos. Un gracioso saltito y la pareja salió de su ropa. La operación fue lenta, regustada. La impaciencia de Alvaro se tornó en alarma cuando consideró la posibilidad de que, despreciando el lecho, cogieran en el suelo. Continuaron de pie besándose y mordiendo. El trató de introducirse de paraditos, pero la corta estatura de Lolita era un impedimento serio. Caminaron despacio hacia la cama sin soltarse del abrazo, sin apartar siquiera los labios. Alvaro contaba con que Lolita, poseedora de un singular recato, se metiera bajo la sábana, de otra manera el plan fracasaría. Efectivamente, Lolita bajó una mano y mientras el tipo la inclinaba, ella cogió la sábana y la jaló al tiempo que perdían el equilibrio y se precipitaban en ardoroso apretón sobre la mierda. Lolita tardó segundos en reaccionar, pero el tipo percibió la vaharada y deshizo el nudo. Tardó reflejo. La caca cubrió la espalda de Lolita, costado y brazo derecho del hombre: ¡Qué cabrones es esto!, exclamó sorprendido. ¡El muy cerdo, el muy cerdo! gritó Lolita. ¡Pero quién hijos de la chingada! Fue él, sollozaba la chica. ¡El baño! ¿Dónde está el baño? Lolita corrió hacia el baño. De la regadera salieron cuatro goterones como lágrimas hipócritas y luego, ¡nada! El muchacho manipuló ansiosamente las llaves. Se prendió de la regadera y la sacudió logrando sacar apenas el equivalente a una miada de ratón. Lolita abrió las llaves del lavabo y obtuvo el mismo resultado. El tipo entró en la cocina, llevaba el asco paralizando su lengua y la nausea lo perseguía pateándole el estómago. En el fregadero tampoco salía una gota. No pudo más y depuso sobre la estufa. El olor de la basca unido al de la mierda de Alvaro, mezcla



demasiado fuerte, aún para el estómago de Lolita, produjo el vómito del coctel de ostiones ingerido en la playa, el cual cayó íntegro sobre las piernas del casi-amante; y como ella no masticó los ostiones, simplemente los deglutió, pues el espectáculo era lastimoso. ¡El desgraciado cerró la llave de la azotea! dedujo Lolita entre hipadas, náuseas y arqueos. El muchacho volvió al cuar-

to y con la sábana limpia se desenmierdó lo mejor que pudo. No dijo una palabra mientras se vestía y salió casi corriendo. Alvaro dio una mordida a su tercer sandwich, hecho de paté con salsa catsup. El Floresta no distaba gran cosa del Bar de Perico. Subieron al coche intercambiando besos y así continuaron durante el viaje. Alvaro metió el auto en el estacionamiento anexo, y sin pensar más en la diferencia de edades, entró en el salón estrechamente unido a su amiguita. El encargado los situó en el rincón más oscuro del por sí ya entenebrecido establecimiento, gesto que agradeció con un billete de cincuenta pesos.

—¡Old Parr! —contestó Alvaro a la muda pregunta del mesero.

—Sí señor, Old Parr

Solamente una vez al año tomaba whisky. Era en ocasión del brindis de navidad en la oficina. Se bebía Old Parr, el preferido del jefe. Uno o dos tragos del escocés y después venía el aluvión de... ¡sidra de Tulancingo. El mesero abrió ceremoniosamente la botella y el líquido dorado quemó los filos del hielo. La mezcla de agua y whisky, ingerida y regurgitada, le produjo exaltación y confianza. Su otro yo se sentó frente a él y admiró el cuadro. Alvaro, te estás divirtiendo como los grandes. Tienes a tu lado un señor cuero de dieciséis años y tomas el mismo whisky que el gerente. En este momento eres igual a él. Una chica estupenda y un buen trago. Aunque no creo que el gerente venga a este sitio. Si quieres alcanzar su nivel, tendrás que trasladarte a la zona rosa, y la composición de lugar estará completa: una chica estupenda, un buen trago y un lugar de postín. ¿Puede tener algo mejor el gerente? ¿Una chica de dieciséis años que no le cobre? Puede el gerente tener una chica de dieciséis años: ¡pero cuánto le costará! Y ahora estás aquí como los grandes jefes. Eres un gerente.

No lo olvides, gerente y dueño de una revista. ¡Pendejo gerente! ¡Si te viera! ¡Eres el amo!

—Al terminar esta botella nos vamos al Fajarandas.

—¿Y la corbata y la camisa?

—Para todo hay solución. En Satélite abren una tienda día y noche. Vamos allá, compramos ropa, ¡Y al Fajarandas!

Fayo Cabrera tocó la sitiera. La sitiera tocó Fayo Cabrera, y ni siquiera se preguntaron si sabían bailar la sitiera porque, como si se presintiera, se levantaron a la sitiera.

“Ven, sitiera por favor, ven aquí a mi bohío, que al son de la palma y el río tú disfrutarás mi amor. ¡Sitierita, sitierita!”

Regresaron del Aku Tiki en la madrugada y Lolita no daba muestras de querer despertarse. Alvaro se levantó, fue a la cocina abrió el refrigerador y sacó media papaya y un litro de leche. Apartó de la mesa una pila de historietas —chistes, les llamaba Lolita— y engulló su frugal desayuno. Comía pensando en el destino de los cerotes que aún se mecían en la taza del excusado desde las cinco de la mañana. Cayeron tres mientras fumaba en el trono de los césares, único lujo propio; en casa, el excusado estaba adornado con originalidad; el tanque del agua era antiguo, de fierro negro y suspendido cerca del techo. Para desaguar la taza jalaba una cadena. Entre la taza y la pared había un espacio aprovechable que decoró fantásticamente: construyó una especie de trono dosel alrededor de la taza; el respaldo acolchonado remataba con una escultura colonial llena de querubines, adquirida en la Lagunilla. La cadena terminaba en un báculo dorado y rojo. A las cinco de la mañana, todos los días, Alvaro tomaba posesión de su trono y empuñaba el cetro. Durante media hora, a veces la hora completa, solía pensar en los problemas de aquel

reino complicado que era su casa. Consumía varios cigarrillos mientras planeaban las soluciones. Ahí descubría la respuesta adecuada. Ahí era feliz. Al terminar, antes de limpiarse, invariablemente arrojaba a la taza el último cerillo encendido. Era parte del rito. Los tres trozos tenían el color de la mostaza inglesa. La vista de tanta lindura lo enterneció y se sintió incapaz de enviarla al grosero drenaje. Esa mierda no se perdería sin antes proporcionarle ratos de gozo. El último sorbo de leche le trajo una idea magnífica. Corrió al baño, y utilizando el mismo vaso donde bebiera minutos antes, persiguió el trozo más blando y lo pescó. Todavía no se resignaba a mover la palanca y dejó el resto flotando en el oleaje del blanco pozo. Del botiquín separó un paquete de algodón. De la cocina una caja de palillos. Escogió tres mondadientes y les hizo una cabeza de algodón. Luego se trasladó a la cama, junto a Lolita. Cubrió de caca la esferilla y la introdujo en la fosa nasal derecha de ella. El sueño alcohólico es siempre pesado. Le llevó cerca de treinta minutos revestir el interior del conducto nasal con una capa de mierda. Algunas veces el palillo producía cosquillas y la sobresaltaba. Otras le causó estornudos: entonces suspendía la operación y esperaba un par de minutos antes de reanudarla. Cuando juzgó peligroso untarle más porque podría despertar, tiró su equipo a la taza y miró tristemente cómo los trozos y los palillos se persiguieron en violento remolino antes de emprender su viaje sin retorno; Alvaro sabía, y eso lo consolaba, que horas después, su excremento aparecería flotando en la Playa de Hornos, y con un poco de suerte, podría ser avistado por una bañista gringa antes de desintegrarse en la anchura de la bahía de Acapulco.

—Entonces no vamos al Fajarandas —repitióle a Teresa cuando terminaron la de Old Parr.

—Mejor nos quedamos. —Prefirió ella.

Alvaro aceptó la sugerencia economizadora y ordenó otro frasco. A la mitad del consumo, Teresa declaró estar ahíta. Se sentía muy borracha. Alvaro también. Casi no podían bailar. Se concretaban a permanecer pegados cachondamente. El tuvo el buen tino de guiarla sin alusiones al futuro inmediato; pidió la cuenta, añadió generosa propina y haciendo esos salieron al coche. El problema de escoger el hotel apropiado se presentó amenazador. Alvaro no había ido nunca a un hotel de paso. Pensó en preguntarle a Teresa, pero a pesar de su ebriedad intuyó lo estúpido de una interrogación así. Recordó que en Insurgentes Norte abundan esos hoteles. Era el camino obligado a su trabajo y los tenía registrados mentalmente. Cuando necesites uno, se decía casi todos los días, recuérdalos, aquí sobran. En diecisiete años jamás se presentó la oportunidad, no obstante las diarias repeticiones: cuando necesites uno...

De tanto mirarlos se sabía los nombres. Primero el Sevilla. Se acercó a pocos metros. Había una fila de cinco coches esperando turno para entrar. ¡Sábado! Día consagrado a la Santa Fornicación. Se detuvo y apagó el motor. ¿Cuánto tardaría la espera? Un chiquillo como de ocho años se le acercó con una caja en la mano. Automáticamente sacó un brazo, tomó una tira, y le dio un veinte. —Son tres pesos, jefe. Alvaro se indignó. —Cómo tres pesos. ¿Dónde se han visto chicles de a tres pesos? ¡Abusas porque es de noche! El chiquillo, arrastrando su voz plañidera aclaró: —No son chicles, jefe, fíjese bien, son condones, de los lubricados, y nuevecitos, hasta le sale barato. Allá adentro se los venden a cinco y usados. Orale. Deme la lana. Alvaro se acercó el sobrecito a los ojos. Cierto, era un condón. Alargó un billete de a cinco. quédate con el cambio y dime ¿cuánto tiempo calculas que me falte para entrar? Uuuuh, ¡como dos horas! Los que vienen aquí cogen muy despacio.

Alvaro miró por el espejo retrovisor. Ya se aproximaba otro auto. Mejor irse. No fuera que Tere se enfriara. Podía seleccionar otros moteles en esa ruta. Salíó de la fila y una cuadra adelante vio el Rubí. ¡Perra suerte! La fila era doble y esperaban unos diez carros. Claro que ese hotel era más grande. Quizá cincuenta cuartos. Se formó. Apenas apagó el motor se acercaron cuatro vendedoras. —¡Su café con piquete!— ¿No quiere tinta china? ándele, para que la chava brame de gusto. —Algodón Chapultepec, por si lleva una virgencita, no que luego el español le cobra la desmanchada del colchón como si fuera a ponerle guata nueva. —Por cinco pesos le alquilo una almohada y por diez unas cortinas para que se echen el primero aquí en el coche. Anímese jefe, le falta un resto para entrar. Detrás de él ya había dos coches. Adelante otros tres optaron por alquilar las cortinas. Dio un bocinazo y pidió cancha. Salíó trabajosamente, pero salíó. Prosiguió la ruta del norte. En La Flor contó veintitrés en fila. En el Málaga treinta y ocho y los vendedores ambulantes hacían enchiladas, pozole, tamales y garnachas. En El Sena, ya pasando los Indios Verdes, la fila era de cuarenta y ocho coches. Más adelante, fuera de los límites del Distrito Federal, la proporción de hoteles y de autos en espera de cuarto era desmesuradamente desigual. Por cada hotel un mínimo de cincuenta parejas, y adentro lleno. Las patrullas de tránsito impedían que los coches obstruyeran la flamante carretera de cuatro carriles. A vuelta de rueda pasó el Balí, el Nevada y el Toledo hasta llegar al Caprí, último de la serie, no por eso menos solicitado. El motel estaba junto a unos llanos y el lecho seco de un riachuelo. Los autos rodeaban el inmueble y la vendimia florecía. La venta de preservativos se alternaba con la de fresas con crema. Las pastillas anti-conceptivas con camotes de Puebla. Un chiquillo metía

tarjetas en todos los coches. Anunciaban un abortero: "Señora o señorita, si su próxima regla no le baja, acuda al doctor Marín, con consultorio en la Avenida López Mateos, de Santa Clara, Edo. de México. Trabajos seguros hasta tres meses de embarazo. Después, precios especiales. Higiene y discreción. Ese es nuestro lema." Por sólo cinco pesos, un boy scout de once años alquilaba una tienda de campaña con catre, pero por diez, ofrecía tres agujeros desde donde los mirones podían solazarse.

El español dueño del Capri, era el más avenido a los métodos modernos de alquiler. Como le era imposible despejar el frente, tenía rentada una enorme grúa en el lote vecino perteneciente al Cielón (¿O Torbellino?), (¿O Tromba?), de los ruidos. El ave de las tempestades, Lorenzo Garza (olé). La grúa extraía los coches de en medio del patio y los depositaba en el lado de la carretera que el conductor elegía. Además, sólo alquilaba el cuarto por media hora. (\$75.00), pasada ésta, si la pareja no salía, se anunciaba por un altavoz oculto: Su tiempo se ha terminado, lamentamos no poder dejarles el cuarto porque doscientas ansiosas parejas esperan coger esta misma noche. Dentro de cinco minutos, una cámara oculta de televisión estará captando un videotape, el cual quedará en nuestros archivos para negarles la entrada en lo sucesivo. La persuasión de la advertencia era casi mágica: las parejas se vestían en medio minuto, aunque tuvieran que interrumpir su segundo o tercer coito. Por una ventana bajaban deslizándose en un tobogán hasta la puerta misma de su coche, el cual era izado por Grúas Garza, S. A., y puesto en la carretera. La pareja que a pesar de todo se negaba a dejar el lecho, sufría las siguientes molestias: una ducha a presión, luego gases lacrimógenos, después la entrada de un negro, quien invariablemente correteaba al hom-

bre. Este último recurso pocas veces usado, era muy efectivo, y en la historia del motel sólo falló en la memorable ocasión en que la pareja así amenazada resultó ser de hombres homosexuales. La presencia del negro los excitó tanto, que al final era el de color quien huía.

A pesar de la larga cola, en veintitrés minutos Alvaro y Teresa estuvieron en su cuarto. Teresa llevaba una borrachera cotorrísima.

—Estoy muy mareada, deja bañarme antes

Ella se metió bajo la regadera. Casi por inercia sintió deseos de darse un baño. Eran las dos de la madrugada y el día tan largo... el sudor... en fin, la recordaba desnuda en el estudio de Música. Se desvistió y entró a reunírsele.

—¡Salte, salte!

—No me salgo. Me baño contigo

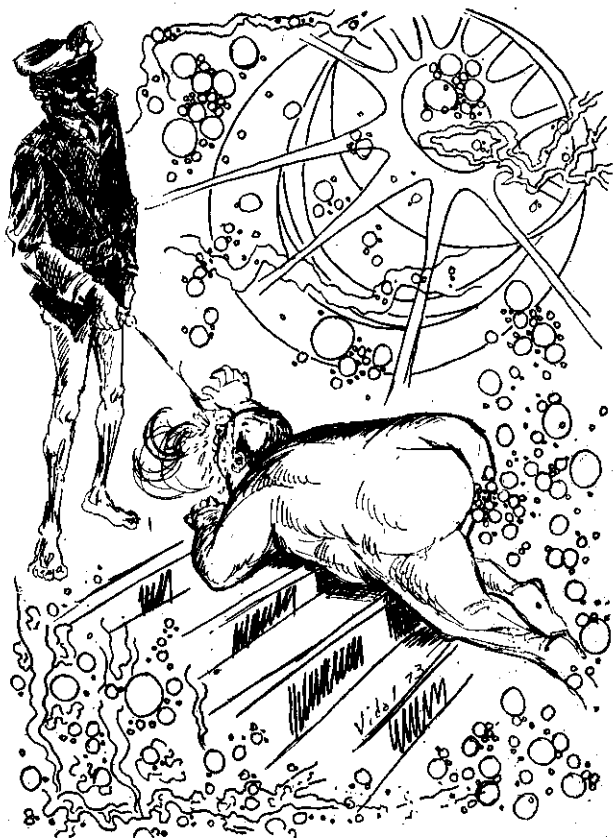
Teresa quiso alejarlo. El piso estaba resbaloso y ambos cayeron al suelo. Nadie se hizo daño, pero ella escapó envuelta en la toalla. Resignado terminó la ducha y cuando salió la encontró en la cama, cubierta hasta el cuello. Alvaro se deslizó junto a su cuerpo desnudo. Tal como lo había supuesto, la chica era de obsidiana. ¡Qué piernas tan duras! ¡Qué vientre tan firme y senos tan garbosos! Ella se dejó acariciar un buen rato debajo de las sábanas, sin embargo, él no pasaba de las caricias. Ella tenía ganas, buscó la verga de su amigo y la encontró flácida. Inerte. Su escasa experiencia en el amor no era tanta que ignorara cómo excitar a un hombre. Tomó entre los dedos aquella pín-ga humillada y la masajeó con finura. Alvaro estaba consternado: ¡No se le paraba! Una cruel y precisa imagen de frustración lo ruborizó en la oscuridad. Se concentró. Exploró la puehita de su amiga. La palpó pequeña, de labios bien hechos, de vellón sedoso. Subió la mano por el vientre, pellizcó ligeramente los pezones

enhiestos, bajó nuevamente y hundió un dedo en aquella humedad, pero un rápido movimiento de cadera eludió la caricia.

—Métemelo —cuchicheó— pero no el dedo

Alvaro empezó a cruzar a nado el Canal de la Mancha, sus poderosas brazadas devoraban los kilómetros, el agua era fría, pero el ejercicio calentaba los músculos. Ya veía la costa francesa, ya de la lancha le hacían señales anunciándole la proximidad de la meta y las caras sonrientes indicaban que había roto todos los récords, cuando de repente sintió un calambre que le subió desde los pies paralizándole primero las pantorrillas, luego los muslos, y después los brazos. Los tripulantes de la lancha seguían riendo, se carcajeaban irónicamente mientras él, pese a sus dolorosos esfuerzos no conseguía avanzar ni un solo metro más. La lancha se acercó a recogerlo, exangüe. Un marinero, curiosamente idéntico a Múgica, se paró en la borda, y sin cesar de reír, lo orinó. Era el año de la Olimpiada, el año de la Paz, el año del Amor. ¡Todo era posible ese año! ¡Alvaro subía corriendo las escaleras de un edificio altísimo. Iba hacia la azotea, desde donde dispararía una ametralladora de cinco bocas sobre la soldadesca asesina que masacraba sin piedad a la gorda y sus hijos. El fragor de los cañones era casi imperceptible, estaba a punto de llegar al último piso, cuando su corazón se negó a latir, perdió el paso, decayó el ascenso, ya sólo faltaban diez escalones, y en la cima, un policía de extraordinario parecido a Múgica, con un guante blanco en la mano izquierda, se mofaba de él cimbrando las paredes sus estrepitosas carcajadas. Subió arrastrándose los últimos cinco peldaños. Entonces el policía, sin dejar de reír, lo orinó.

La pugna mental, los esfuerzos agotadores, resultaron estériles; las mejillas de Teresa ardían, sus muslos eran



brasas incandescentes. Aceptó su impotencia. Quiso apagar con la boca el fuego encendido en el templo del amor. La mano de Teresa lo detuvo cuando comprendió sus intenciones.

—Métemelo, métemelo —repetía enfurecida.

La situación se volvió tensa. ¡Qué idiotez tan grande, tan monstruosa! La primera ocasión que tienes una chieca de maravilla y no puedes. ¡Qué será? ¡El alcohol? ¡La tensión? El alcohol, desde luego, no. Nunca ha sido impedimento en tu vida conyugal. Cuando regresas de fiestas familiares y traes demasiado ron embodegado, le funcionas mejor a la gorda. Luego, es la tensión nerviosa. ¡Con cien mil chingadas! Si esta noche no te coges a Teresa, nunca lo harás.

—Estoy muy mal —le confió— demasiado borracho. Cuando estoy así no puedo

—Entonces déjeme dormir —contestó ella irritada.

—¿Dormir? Nos correrán. Mejor vámonos a Acapulco

—¿Acapulco?

—Sí. ¿Conoces Acapulco?

—No. Nunca he ido

—Vámonos. Ahorita mismo

—Bueno. Pero deja pasar a mi casa por ropa

El más elemental sentido común le hizo impedirle semejante treta evasiva.

—No te preocupes por eso. Allá te compraré la necesaria

Lolita se despertó con dolor de cabeza. ¡Qué pesadez! Declaró, y huelo a... ¿qué has hecho? Alvaro prendió un cigarrillo. ¿Yo? Nada. Se levantó recelando. Buscó entre la sábana. Fue derecho al excusado y no encontró nada anormal. Bueno, sí. Era anormal que Alvaro hubiera jalado la palanca del tanque. Nunca lo hacía. Ella bajaba la palanca todas las mañanas. No le dio importancia. Alvaro tenía sus rarezas. ¡Putá, pero como olía a mierda! Alvaro, ¿dónde lo pusiste? El veía el ir y venir desde la cama. ¿Qué Lolita? Tu cagada. Se fue al mar. Mientes Alvaro, la casa huele a mierda. ¿Dónde la embarraste? Son figuraciones tuyas. Busca

y verás. Mi caca debe estar ahorita navegando hacia la Roqueta. ¡Puerco! tengo un hambre feroz, Lolita. Yo tengo ganas de vomitar. ¿Estarás embarazada? No lo creo. Vístete, vamos a comer al Hilton. ¿El Hilton? Claro, nos queda un par de días, vamos a comer al Hilton. Vamos pues. ¡Pero qué asco! ¿Qué hiciste con tu mierda? Te repito que nada. No hay mierda en la casa, exceptuando, claro está la que puedas cargar en el intestino. El comedor del Hilton estaba semidesierto a esa hora. La gringada comía mucho más tarde y la mexicana se hallaba en la playa todavía. Les dieron una mesa con vista al mar. Alvaro leyó la minuta escrita en francés e inglés. Del francés nada sacó en limpio, pero del inglés pudo traducir langosta, pollo a la Kiev, ensalada Romanoff y lenguado grillé. Los precios en dólares. El menú seleccionado representaba el gasto de toda una semana en su casa, incluyendo a su mujer que comía como pelón de hospicio. Este hotel huele mal, declaró Lolita. ¿Sí? ¿Como a qué? La chica ordenó sus pensamientos: ¡como a mierda! ¿A qué había de oler? Alvaro apretó los maxilares, conteniendo la risa: Cállate, te pueden oír. No importa. Insisto en que huele a eso, decía Lolita mirando hacia los rincones. Cosas de tu imaginación. El mesero arrimó un carrito niquelado: ensalada para dos. ¡Riquísima, extraordinaria! ponderó Alvaro. No me gusta, declaró Lolita. ¿Pero qué tiene? ¡Está sabrosísima! Ella metió la nariz al plato. Huele mal. No es posible. ¿Cómo puede oler mal una ensalada? Ella insistía meneando la cabeza de un lado a otro. Es el huevo crudo que le pusieron. Estaba podrido. Alvaro se llevó a la boca el tenedor rebosante de ensalada: ¡Imposible! Yo vi que el huevo estaba entero. Lolita retiró su plato con una mueca de desagrado ¡Estaba podrido! ¿Cómo explicas que esta ensalada huel a pedo? Alvaro reunió en un ángulo de su plato el resto de ensalada:

¡Por favor Lolita! Ella lo vio engullir hasta la última brizna de lechuga. Luego vino la langosta fría para Alvaro. Lenguado doradito, humeante, chorreando mantequilla sobre un lecho de brocolli, para Lolita: Este pescado no sirve. ¿Cómo? Ella olía un trozo ensartado en la punta del tenedor: ¡Que no sirve! Alvaro empezó a cortar su langosta: Vamos, pruébalo. No. Y no vuelvo a tomar. ¡Qué cruda, qué cruda! Alvaro preguntó masticando la langosta: ¿Por qué? Todo me sabe mal. Me huele mal. Alvaro partió otro trozo: Si no has probado nada. Lolita rechazó el exquisito lenguado: Con el olor es suficiente; este pescado está descompuesto. Alvaro se dispuso a demostrar lo contrario: A ver, préstame tu plato. ¡Uuumm! Qué rico huele. Qué bien sabe. Te lo cambio por mi langosta; ya ves que casi he comido la mitad. No puedes afirmar que también está putrefacta. Lolita olisqueó el rojo crustáceo: ¡Qué asco! ¿Cómo pudiste comer algo que huele tan mal? ¿Cómo puedes comer el pescado? Alvaro alzó un gran trozo de lenguado hasta sus dientes: ¡Bah!; a ti todo te huele a pedo. ¿No te estarás echando unos buenos? Ella se apartó un poco a la izquierda: ¡Indecente! Tengo ganas de vomitar. El mesero retiró los restos de la langosta y el pescado. Deshuesó el pollo a la Kiev para dos y sirvió una mitad a cada uno. Había visto los rechazos de Lolita: ¿Se siente mal la señorita? Ella hizo un gesto de supremo desdén: Sí; ¿Qué le ponen aquí a la comida, que huele tan mal? El mesero preguntó incrédulo: ¿Cómo dice? Alvaro terció: Excúsela; tiene algún trastorno gástrico y repele la comida. Lolita miraba la apetitosa ave: No puedo comer este pollo. Alvaro insistió, como disculpándola con el mesero: Haz un esfuerzo. Es la especialidad de la casa; harías infeliz al cocinero si no pruebas aunque sea un trocito; a lo mejor probándolo te das cuenta que son figuraciones tuyas y que sabe bien. Haré la prueba,

convino ella y cortó un trozo de pierna. Lo trinchó y lo llevó lentamente a su boca. Alvaro dejó de comer para contemplarla. El mesero, curioso, también miró el lento ascenso del pedazo cubierto de dorada piel. Cuando el bocado llegó a sus labios, Lolita no pudo contener un gesto de aborrecimiento. Alvaro no perdía detalle; se inclinó un poco para observar mejor. El pollo entró a la boca de Lolita. A la tercera masticada dijo dramáticamente: ¡Está podrido! y vomitó en derechura de Alvaro que recibió en la cara un baño de pollo a la Kiev sin masticar, acompañado de jugos gástricos acres y amarillos. Atravesaron la ciudad por la Avenida Insurgentes. Ella dormitaba y la despertó antes de pasar la caseta de peaje, porque ahí había vigilantes y si la veían dormir, pensarían que él también iba somnoliento. Si los paraban no irían lejos: su aliento y aspecto eran elocuentes. Pasaron la caseta sin problemas y quince minutos después Teresa se cambió al asiento trasero y casi inmediatamente quedó dormida. Alvaro manejaba con el acelerador a fondo. El alcohol, aunado a la magnífica perspectiva de su aventura en Acapulco, le hacía perder las mínimas precauciones. Acapulco. El clásico acapulcazo. El clásico, soñado y ahora imprevisto acapulcazo. Alvaro, ¡Anhelaste alguna vez el acapulcazo? Bendita la hora en que Múgica te abordó en el Caballito. Estás dando el acapulcazo, el grandioso acapulcazo. Tienes cinco años de no ir al puerto. La última vez llevaste a tu mujer; a esa montaña de sebo que a esta hora debe estar preocupándose por tu ausencia. Vas rumbo a Acapulco, el cochecito vuela, la carretera y la noche están solas, son tuyas, para ti nada más, la carretera, la noche y la chica. ¡Qué a toda madre!

En Iguala, al cruzar la última caseta, Alvaro supo que iba hacia Acapulco. Lo sabía, pero irreflexivamente. En Iguala se dio cuenta del hecho y sus consecuencias.

Se detuvo antes de salir de la carretera de cuota. ¿Regresar? Estaba ya a medio camino. Atrás la gorda, los bodoques y la bronca asegurada. Adelante, una chiquita, las playas, los centros nocturnos y al final, también la bronca. Y además no había podido cogerse a Teresa. ¿Dejarla ir viva? ¡Ni madres! Adelante Alvaro; no seas pendejo, maneja con más precaución, llevas suficiente dinero para una semana, llegando telegrafías a la gorda y le cuentas que el gerente te trajo. No te creará, pero el telegrama le indicará tu paradero. ¿Y si se descuelga en camión? ¿Y si habla al trabajo el lunes? Riesgos, riesgos, pero vale la pena correrlos. Un culito de dieciséis años vale eso y más. Sobre todo cuando se tienen treinta y ocho y es una aventura espontánea. Te llevó el gerente. Eso es. Si tú mismo eres un gerente ahora. Adelante Acapulco, ¡chasquido! Adelante Acapulco, ¡chasquido! ¡Adelante!

En Tierra Colorada se ponchó una llanta. La cambió y aprovecharon el alto para desayunar. En el espejo del restorán vio una cara cansada, huellas de la borrachera, la barba crecida y el pelo alborotado. Teresa se despertó fresca y comió con apetito. A las nueve de la mañana llegaron al puerto. Bajó en derecha a la costera y entró en un hotel. Pidió un cuarto doble pero el encargado lo ignoró. Ni siquiera le contestó. Lo ignoró en absoluto. Se vio ante el espejo de una columna: sucio de cara y ropa, no tenía la menor probabilidad de ser admitido en hoteles de cierta categoría. De cualquier modo lanzó un despectivo: ¡pínches ojetes! al salir. En el centro había hoteles de menos pretensiones. Subió nuevamente a su coche y cuatro cuerdas adelante frenó ante un sujeto.

—¿Quiere una casa, patrón? Para ustedes solitos, para que pasen su luna de miel sin molestias. Barata, barata. Lo llevo y se la enseño.

Accedió. La casa estaba en una colonia periférica, no turística sino de lugareños. Bien equipada. Una semana, mil pesos. No se alquilaba por menos. Alvaro se decidió y pagó por adelantado. En el centro, adquirieron ropa y útiles de aseo. Regresaron a vestirse y de ahí a la playa, a Caleta.

Antes de bajar a la playa, Teresa ojeó revistas en el puesto de periódicos.

—Cómprame un chiste, ¿no?

—Los que quieras, Tere

—Déme el Chanoc, el Lágrimas, la Hermelinda, el Payo y el Fantomas

Ella se retrajo al contacto. Oye, estoy retequemada. Alvaro retiró la mano: Te dije que no estuvieras tanto al sol. No creí que me pasara esto. Alvaro meneó la cabeza, desaprobando: Lo peor es que en la noche vas a estar bien ardida. Ella convino: Sí, no voy a poder. Eso te crees. Ella protestó: ¿Pues cómo? Me vas a lastimar. De sentaditos, mamacita, rió Alvaro, de sentaditos. Bien que te asoleaste con el tipo ese en la playa. ¿Te acuerdas? Te me perdiste dos horas. Ella rió. Ah, es un muchacho de aquí. De aquí o de allá; ya sabes que te quiere clavar. ¿Qué le dijiste de mí? Que somos amigos. ¡Mentirosa! Soy buey si no le dijiste que soy tu papá. ¡Oh! déjame leer el Lágrimas, está reinteresante, pidió ella con acento de fastidio. Eso mismo le contaste a la señora que estaba junto a nosotros ayer. Que yo era tu papá. Pero te quemaste, chiquita; en una de esas me dijo la metiche, por ahí vi a su hijita abrazada con un muchacho. No es mi hija, le contesté riendo, es mi amante. ¡Ay! ya metí la pata. Entonces, ¿no se enoja? Qué va. La dejo retozar un poco; permito que el muchacho se entusiasme; al rato voy por ella y... ¿con quién cree que se irá? Luego te quemaste con él. Fui por ti, saliste del agua y cuando menos lo esperabas te besé en la boca.

¿Qué tal? La perorata de Alvaro no desahortó su atención de la revista: ¡Oh! azotaron a Emoe, lanzó un chillido. Alvaro titubeó: ¡Eh! ¿quién es Emoe? Lo miró sorprendida; ¿Qué tú no lees el Lágrimas? Entonces Alvaro recordó a Lolita. La de Nabokov. La nínfula de Humbert Humbert.

—De aquí en adelante tú te llamarás Lolita. Como la de Nabokov

—Bueno. Pásame el Fantomas. Me gustan las tonterías que hace ese robot. El C-19

—Sí Lolita, te compraré el bikini blanco que desees. De seguro quieres lucirlo a tu amigo el acapulqueño

—Oh, dale con él

—¿Qué hace, eh? ¿Es matacuaz?

—Tú sí. Maneja un camión de aquí a Ometepe

—¿Y cuándo se va?

—No hay carga en estos días

—Bueno, vamos a la tienda

Entraron en la mejor de la Costera. Lolita revoloteó entre un cerro de bikinis coloridos. El blanco le favorecía contrastando con su piel morena, sin embargo se arrepintió; escogió uno a rayas moradas y verdes. El bikini cabía en una diminuta caja de plástico.

—Son trescientos pesos, —dijo la empleada cuando llenaba la nota.

Alvaro empezó a moverse hacia la salida:

—Metí el dinero en tu bolsa, Lolita, paga mientras voy aquí junto a ver unas aletas

Lolita abrió su bolsa y metió los dedos. Tropezaron con algo esponjoso. Un olor conocido le azotó la nariz. No asoció una cosa y otra. La bolsa era estrecha, su mano ancha no podía extraer los billetes de entre esa extraña materia blandusca. ¡Y ese olor! La empleada la veía con la nota en la mano. Gelatina, no. Un gansito marinela, tampoco. ¡Una bola de tamarindo! ¡Eso era! ¡Pero,



cuándo la compró? Cualquier día. Alvaro le obsequiaba tantas cosas que muy bien pudo haberle dado esa bola de tamarindo sin ella recordarlo. ¡Hijo, qué peste! Quizá la empleada se pedorreó. Encima del mostrador le quitaría el tamarindo a los billetes, porque dentro se hacía imposible. Sacó aquel mazacote de papeles y... no era tamarindo, no lo era. ¡Era mierda! ¿Cómo pudo ser? ¿Cómo, cómo? La empleada dio un paso atrás. Lolita se atontó, quiso limpiar los billetes, la remoción dio fuerza al olor. El pozole guerrerense era muy pesado, y esa caca provenía de dos raciones del susodicho platillo. Su olor era denso, penetrante. La caja de plástico oscilaba sobre la masilla, a punto de contaminarse. La empleada se la arrebató coléricamente.

—Váyase, váyase por favor

—Oiga, aquí está el dinero

Con las manos sucias, Lolita abandonó el establecimiento ruborizada hasta los pezones. Alvaro la veía a corta distancia riendo cínicamente.

—¡Tú fuiste!

—¿Quién más podría ser?

—Lo bueno fue que perdiste tus billetes

—Eran de a peso

Lolita leyó sus historietas y cuando terminó la última decidió mojarse. Alvaro quería cachondearla al amparo de la cortina verde acuosa; ella esquivaba, sin embargo, como no sabía nadar, siempre caía en las voraces manos. Los rayos del sol quemaban con dureza y él aconsejó que salieran del agua:

—Te vas a asar

—Cómo crees

—Yo sé lo que te digo

—Otro rato

—Como quieras. Yo me salgo. Ten cuidado

No hacía falta la recomendación. Apenas él sorbía

un daikiri en su silla plegable, bajo la protectora sombra del techo de palapa, y ya Lolita era asediada por una docena de chicos. La ley de las afinidades decidió su compañero.

—Vámonos un poco más allá, que mi papá nos vigila

Un poco más allá, fue hasta Caletilla. La sugerencia dió confianza al muchacho, y por su parte Lolita lo dejó maniobrar a gusto. Esgrimiendo el pretexto de las clases de natación el chico palpó a Lolita de arriba a abajo. La redondez, la llenura de Lolita fue un serio impedimento a las maniobras; el traje le apretaba los muslos y él no pudo meterle la mano, ni siquiera un dedo.

—¿Dónde vives? —le preguntó.

—No sé la calle. Pero mañana, si vuelves, te digo

—Por ahí vi a su hija besándose con un muchacho. Esa noche, Alvaro la desnudó:

—¡Con cuidado, me lastimas!

—¡Te lo dije!

—Apaga la luz

Alvaro apagó la luz. Se desvistió y atrajo el cuerpo de la morena. Orgullosamente sintió como comenzaba la erección y se sostenía. La mano iba una y otra vez al rinconcillo de Lolita, rechazada, rechazada.

—Lolita, ahora sí

—Pues ahora no

—Oye, estoy que me cojo solo

—Así estaba yo anoche. Para que veas lo que se siente

—Anda, abre las piernas

—No quiero

—No seas malita

—¿Me vas a sacar en tu revista?

Revista. Revista. ¿Cuál revista? ¿De qué me ha-

bla? ¡Qué cosas inventa! ¡Ah, la revista? ¡La revista, mi revista!

—Claro; en la portada

—Bueno. Súbete. Pero no tardes mucho. Tengo la espalda ardida. Te apuras

Alvaro cabalgó sobre una yegua arisca, en un atardecer nevoso, cruzando la tundra siberiana al trote. Animal y hombre parecían de común acuerdo, pero la yegua no obedecía al hombre. Alvaro encajaba las espuelas y la yegua conservaba su paso sin sentir los estragos de las puntas crueles. Movía las riendas violentamente, y la yegua, cada vez más fría, más indiferente, aflojó el paso hasta detenerse. Creyó haber vencido al animal, pero éste lo derribó de una ligera sacudida y al galope se perdió en la estepa dejándolo abandonado. La noche se vino encima. Múgica pasó a su lado, sobre un unicornio de crin bermeja y cuerno azul, veloz, en busca de la yegua perdida. Se descubrió montado sobre un iceberg pequeño, a la deriva, con tan sólo un pedazo de madera como medio propulsor. El cristalino islote lo conducía paralelamente a unos farallones altos de aspecto hostil, triste. Batía el agua helada tratando de acercarse a la esquiva costa, mas todo aquel luchar era inútil. El iceberg seguía el camino trazado por lentas y sombrías corrientes submarinas. En la penumbra de una interminable noche boreal, una serpiente marina chocó con él, la jineteaba Múgica y observó su rumbo directo a la costa. Pero Alvaro no podía seguirlo, el choque lo lanzó al agua y ahora su inflexible islote de color azul profundo y de duras aristas se sumaba a la estela de la sierpe y se quedó desamparado, asido al madero y moviéndose paralelamente a la costa hostil, lejana y desolada.

De cualquier manera, Alvaro eyaculó dentro de Te-

resa. Después, mientras ella se lavaba remachó su personalidad: *Sí, esta cabrona es como la Lolita de Navokob ¡Es una puta nínfula, no tiene remedio!*

Amaneció con la verga parada. Cuando despertó, ella repasaba el Chanoc.

—¿Oye, de dónde son estos caníbales?

—¿Cuáles?

—Estos. Los que salen en el Chanoc

Alvaro pidió la historieta y le dio una ojeada

—Son imaginarios

—¿Cómo crees?

—Olvida los caníbales. Mira, tengo el clavecín bien temperado. Vamos a echarnos el mañanero

—Uuuy, no. Hay mucha luz

—Corremos las cortinas

—No. En la noche

—Aprovecha la tiesura, hermosura

—Pásame la Hermelinda

—Ya la leíste

—Sí. Pero tiene buenás puntadas. Es revaciada. Me divierte un resto

—Mientras la lees te la meto

—Ya te dije que no

—Hay que aprovechar el tiempo

—¿Me compras un combinado Catalina?

—¡Hasta dos!

—¿Y me llevas otra vez a Caleta?

—Adonde tú quieras

—Anda pues. Mételo

—Abre bien las piernas

—¡Híjole! Los hombres nomás piensan en esto

Alvaro y Múgica corrieron juntos a lo largo de un túnel abierto en la selva amazónica. El calor era insoportable y la humedad los hacía sudar copiosamente.

Ambos iban desnudos, Música le llevaba una pequeña delantera, el vaho que despedía la tierra y la superficie de las enormes hojas de esmeralda, prestaba a los árboles perfiles fantasmagóricos y desdibujaban las flores y hacía que los pájaros del túnel no fueran sino ecos de aleteos fugaces. La carrera, rapidísima y corta, agotó a Música y quedó retrasado, vencido por el fulminante *sprint* de Alvaro, quien en un jirón de claridad vio a Lolita también desnuda, yendo a su encuentro. Alvaro redobló la velocidad (Música se perdió en la retaguardia), tocó a Lolita, que le tendía los brazos inasibles que resbalaron a lo largo de sus manos para luego encontrar la cálida presencia de la atmósfera tropical. Atrás, Lolita se precipitó al encuentro de Música, quien rendido, descansaba al pie de un sicomoro. Entonces surgió una hidra bicéfala, de pupilas de amaranto, chorreando cieno, y de una dentellada castró hábilmente al triunfador de la carrera.

Las cinco. Alvaro cagaba y cagando cavilaba. Hoy cumples la semana Alvaro. En la oficina fueron indulgentes contigo. Te adelantaron las vacaciones a pedido telefónico y le avisaron a la gorda que andabas comisionado. Estos favores los cobrarán con creces: horas extras sin sueldo y trabajo pesado. El gerente es listo, te tiene frito. ¡Pero valió la pena! Último día. Por la noche al yate "Fiesta" y del yate al coche, a regresar. El cigarrito era necesario; expelió un anillo de humo y tiró el fósforo como siempre, a la taza. Una llamarada surgió del fondo y lo hizo saltar como chapulín perseguido. ¿Qué ocasionó ese incendio, Alvaro? Tienes quemados los pelos del escroto y se chamuscaron los del pubis. Bueno que estabas desnudo completamente, porque si has traído tus calzoncillos de nylon te hubieran asado los gñeivos y la verga como pollo al pastor. ¡De la que



te salvaste! ¿Pero, cómo pudo suceder? Frente a ti, Lolita, envuelta en la sábana, se ríe de tu azoro.

—¡Tú fuiste!

—¿Quién más?

—Cómo... cómo...

—Me levanté a las cuatro y media y vacié gasolina

—Te aventaste un ocho. ¿Sabes que es nuestro último día?

Lolita regresó a su cama y se tendió sin desprenderse de la sábana.

—Ya era tiempo

Alvaro se sentó en la orilla a explorar posibles quemaduras:

—A poco no has sido feliz

—Sí, muy feliz ¡llena de mierda noche y día!

—No exageres, no exageres

—¡Híjole, pero qué gustos, que bromitas! Y encima la quemadota que me di; tengo ardida la espalda, las piernas y los brazos

—¡Y hablas de quemadas! Tú tienes la culpa. No te pusiste crema protectora

—¿Cuál crema?

—Hay una crema protectora que además te broncea

—¿Y por qué no lo dijiste antes? No estuviera así; no que tengo que andar encuerada, no soporto nada encima

Alvaro examinó prolijamente su aparato genital externo. Constató aliviado sólo una leve chamuscada de pelos. Mientras se palpaba los testículos, dijo:

—Na a mí, ¿verdad?

—¡A ti menos que nada! Ya quisiera estar en México

Tomaron el paseo del yate "Fiesta" que hace un des-

embarco en La Roqueta, donde los turistas disfrutaban de "una fiesta tropical con típica comida nativa".

—Para el desembarco les recomendamos que se quiten los zapatos y los dejen aquí, porque la lancha no llega hasta la orilla, dijo el simpático pirata que se retrataba con el pasaje, provisto de un loro vivo y un descomunal cuchillo de madera.

Hacía cinco años que Alvaro hizo la misma travesía acompañado de la gorda. Fue una lunada inolvidable para los viajeros de la lancha de desembarco, porque al subir, la torpeza y el peso de su mujer la volcó. Dejaron los zapatos debajo de la mesa y formaron en la cola, junto a la borda.

—Espérame un segundo Lolita, ahora vuelvo.

—No tardes, no quiero bajar sola.

Alvaro se agachó bajo la mesa y desenvolvió una bolsita de polietileno retacada de rutina mañanera de las cinco, esa vez semicosida a la gasolmex. Exprimió la bolsa en la punta de las zapatillas de Lolita y la alcanzó cuando aún faltaban dos viajes. Llegaron retrasados a la Roqueta; la famosa comida tropical ya había sido distribuida y los músicos guardaban sus instrumentos. Lolita se descepcionó al no ver el burro cervecero. Subieron, la orquesta amenizaba la espera con ritmos tropicales. Se sentaron. Lolita no hizo por colocarse los zapatos.

—¡Vamos a bailar! —propuso entusiasmado Alvaro.

—Estoy cansada

—Anda, vamos, recuerda que son los últimos momentos

Lolita se levantó.

—Oh, ponte los zapatos

—Me duelen los pies

—Más te van a doler si te piso un cayetano. Póntelos

Lolita se los calzó. Le dolían los pies debido a la caminata tempranera en Playa Revolcadero. Sintió los zapatos blanditos, confortables.

—Creo que se me deshincharon con la mojada

—Seguramente

En la pista pronto les hicieron rueda. No por lo espectacular de su baile (Lolita era pésima bailarina), sino por la peste despedida. Primero, Lolita observó la retirada. Luego olió.

—¡Otra vez!

—¿Qué cosa?

—¡No te hagas!

—¿De qué hablas?

—¡Tu mierda, tu pinche mierda, tu asquerosa mierda! gritó la chamaca rompiendo a llorar. Alvaro la llevó hacia la mesa.

—¡No puedo más, no puedo más!—renegó y arrojó los zapatos sobre la borda. Pero el olor persistía. Caminaba y sus pies ponían la huella sobre la tarima del barco.

—¡Déjame, déjame!— esquivó y corrió al baño de las damas donde se mantuvo hasta que el yate atracó.

Fue la última en bajar. Recargado en la balaustrada, la esperaba Alvaro. Lolita pasó aparentando no haberlo visto. Alvaro la alcanzó.

—¿Lolita?

—¡Lolita tu madre! Yo soy Teresa

—Bueno, Teresa. Tenemos que irnos

—¡Lárgate! ¡Vete al infierno!

—Pasemos a recoger las cosas. Tu ropa nueva. El neceser, tu petaca

No contestó. Su ropa. Por lo menos mil pesos de

ropa nuevecita. Dobló hacia el coche de Alvaro. Mientras llenaba la petaca, propuso:

—¿Nos echamos el de la despedida?

—¿El qué?

—Ya sabes

Entonces Lolita se aventó un sonorisimo pedo.

—Yo ya me lo eché. Te toca ahora

Alvaro sonrió. Levantó la petaca. Eran las tres de la mañana. Regresaba con cien pesos en la bolsa y ninguna explicación satisfactoria. Lo de la comisión era insostenible, la falta de viáticos derrumbaba el cuento por su base. La gorda amenazaría con el divorcio. ¿Cómo contenerla? Le prometería un viaje a Disneylandia, aunque para el enganche tuviera que vender el coche. Ni modo. "El medio maravilloso de volar" lo solucionaría, viaje ahora, pague después. Cargó gasolina en la Dianita. Lolita cabeceaba junto a él.

—Duérmete—sugirió.

—No

—Te estás cayendo de sueño

—Así voy bien

—Pásate atrás y duerme. Te despertaré al llegar a México

—No. Así viajaré hasta allá

—Qué necedad. ¿Por qué?

—Si me duermo atrás, eres capaz de pararte a las cinco de la mañana y cagarte en mi cara

Esa Lolita te iba conociendo ya. Era justamente lo que pensabas hacer a las cinco de la mañana. Comenzaron los sones del cagón. A las cinco de la mañana. El viento se llenó de pedos. A las cinco de la mañana. Cuando el hedor de caca fue llegando. A las cinco de la mañana. Cuando la cara se cubrió de caca. A las cinco de la mañana. El culo puso gusanos en los ojos. A las



cinco de la mañana. A las cinco de la mañana. A las cinco de la mañana. A las cinco en punto de la mañana. ¡Ay que terribles cinco de la mañana! ¡Eran las cinco en todos los relojes! ¡Eran las cinco en sol de la mañana!

Acelera, Alvaro, acelera, tu gorda te espera; acelera ¡chasquido!, tu gorda te espera, acelera ¡chasquido!, tu gorda te espera, te espera, ¡acelera! ¡te espera! ¡acelera!

¡ACELERA!



BARNARDIANA

A Henry Miller

Señor Juez:

A punto de cumplírseme el plazo de Ley para obtener la libertad preparatoria, elevo esta petición ante la Corte que usted honorablemente preside, rogando a Su Excelencia tenga a bien estudiar mi expediente y dictamine en su oportunidad la procedencia o improcedencia de mi requerimiento.

Consta el expediente de setenta legajos y quince mil fojas; como no deseo abrumarlo con su lectura, me permito hacer una síntesis de la historia de mi caso, que sin duda, facilitará la comprensión del mismo:

Mis problemas empezaron cuando leí en el periódico la siguiente declaración de Christian Barnard:

Predice Barnard el injerto de corazones de animales en humanos.

Sugirió que se formen bancos de ese órgano.
El famoso médico hizo el anuncio en Caracas.

Al leerla, mi corazón se agitó violentamente. No porque temiera un trasplante, sino al contrario, debido a las halagadoras perspectivas implícitas en la conferencia de mi ilustre colega.

Sí, soy médico y tenía un rancho en Tamaulipas, en el decrépito municipio de San Carlos, cerca de Ciudad Victoria. Mil hectáreas de breñales entre lomeríos y cerros donde creció y se reprodujo una manada de burros rebuznantes y belicosos.

La herencia paterna me convirtió en hacendado. Fui allá con la idea de explotar aquella propiedad, como cualquier neolatifundista del crisol inagotable de la Revolución. Sin embargo, apenas puse pie ahí, me atemorizó su abrupta aridez. No obstante, insistí en trabajar el terreno. Archivé los folletos de Squibb, Lederle, Ciba, etc., irremplazables proveedores de esas palabras engoladas de la farmacopea y la terapia, fuente de mi sapiencia delante de profanos. Doblé el estetoscopio para coger el arado y esparcir la simiente. Después de cinco años de estéril lucha, abandoné el rancho dejando tres cosas en él; los recuerdos de mi perdida fortuna, un mayordomo encargado de la liquidación y una pareja de pollinos. El macho, soberbio garañón cuyos rebuznos en época de celo inquietaban a las hembras en veinte kilómetros a la redonda, me tenía un afecto casi humano. Cuando dije adiós al encargado el garañón lanzó rebuzno tal, que la gente de las rancherías y hasta del mismo San Carlos salió a la calle alarmada por el tremendo ruido.

Mes a mes llegaban cartas del mayordomo pormenorizando las inútiles gestiones de venta y el aumento de crías de Vergonzoso. Transcurridos cuatro años, los informes mencionaron que la desbordada lascivia del garañón engendró una manada de asnos salvajes, dispersos en las faldas de La Muela.

Empecé a recibir demandas por las depredaciones de Vergonzoso y su familia; parcelas destrozadas, cercas deshechas, maíz devorado y mil diabluras más. Mi caporal propuso una partida de caza contra esos vándalos, nue-

vos Atilas de pezuña y crin. Recordé melancólico aquella alharaquenta despedida de Vergonzoso y rechacé la criminal propuesta.

Ingresé al plantel médico del Seguro Social y por las tardes reabrí mi consultorio. Mis honorarios apenas cubrían los desmanes de Vergonzoso. Entonces leí lo de Barnard. Telegrafié al mayordomo preguntándole el número exacto de burros machos en el hato. La respuesta salvadora tardó una semana: ¡Setenta! ¡Nada menos! Como si hubiera acertado al Gran Premio del 15 de septiembre. Hice mis preparativos. Si Barnard aseguraba que el injerto de corazones en animales era posible, ¡cómo no iba a serlo también el injerto de miembro de burro! Las dificultades técnicas, eran obviamente mínimas, comparadas con las de un trasplante de corazón.

Existen hombres infelices porque poseen un pene más subdesarrollado que Ecuador o Guatemala y darían la mitad de sus bienes por un aumento de cinco centímetros, de diez, y los más inconformes quizá hasta de veinte. ¡Y el grosor! El grosor es importante: ¡abundan los de vara larga, como tripa lavada de gato! Para esos también tenía la solución. Ya no sería privilegio de la raza negra, un atributo viril grueso y largo. También el del hombre blanco podía ser descomunal.

Recordé a Vergonzoso. Su mástil erecto mediría unos cuarenta centímetros: era pardo y el tronco tenía manchitas blancas de apariencia muy Pop —que según propias investigaciones— se da raramente. Dicha característica me situaba como el único médico en la tierra capaz de ofrecer tallos moteados.

Gocé soñando en la felicidad de los adultos y la desaparición de las desavenencias conyugales, todo ello, gracias a mi destreza quirúrgica y al criadero de borri-

cos. Estaba seguro del éxito, aparejado a incalculables y halagüeñas repercusiones como:

La Gloria: estatuas mías levantadas por adolescentes en las plazas de las grandes metrópolis.

La Veneración: en góticas catedrales erigidas por las ninfómanas del planeta.

La Fama: cuando las maduras madonnas, folladas hasta la insensibilidad, encendieran lampadarios y quemaran incienso ante una sencilla foto mía recor-tada del San Francisco Examiner, del París Match, Der Spiegel, de los ideogramasos diarios de Pekín o Tokio y... ¡hasta del Pravda!, luego de estremecerse orgasmáticamente.

Tenía en cuenta otro aspecto: no sólo los hombres reniegan del micropene, también las mujeres pagan cara la estúpida ocurrencia de casarse sin previo exámen manual en la butaca del cine o el sofá de la sala. Luego transcurre su vida lamentando el haberse desposado con un pistilo en vez de un roble.

Inicié la grandiosa cruzada. Renuncié al Seguro Social y abrí una clínica.

Titubeaba al escoger el nombre apropiado: empecé por el de Clínica Barnard. Le siguieron entre otros, el moderno y sugestivo de Instituto de Trasplantes, y el helénico, Sanatorio Priapo. Pero los nombres místicos atraen, dan prestigio y seriedad: le puse Clínica San Antonio y en lugar de enfermeras contraté monjas. Me trasladé al rancho y organicé la arriada de burros. Projecté la fundación del primer banco de calabrotes, como Barnard sugería, sin embargo lo impidió el alto costo de la empresa. Mis primeros trasplantes se efectuaron trayendo al donador hasta el sitio de la operación. El

cuerpo del mutilado era vendido inmediatamente a los tablajeros de Yecapixtla que hacen una cecina muy reputada en todo Morelos. Así no perdía nada. Negocio redondo.

Inserté un aviso en los periódicos:

TRASPLANTES

La Clínica San Antonio pone al servicio de los hombres de sexo poco desarrollado, su sistema único en el mundo que en dos semanas le permitirá lucir y usar un miembro que será envidia de sus amigos y dicha de su esposa. Tímidos sexuales: el noventa por ciento de los casos se debe a un micropene. Desacompléjense, sean ustedes hombres nuevos con miembros nuevos. Consultas gratis. Hacemos trasplantes sobre pedido. Cincuenta porciento de anticipo.

Los humillados microvergosos acudieron como en peregrinación guadalupana; algunos llegaron en compañía conyugal a escoger el tamaño adecuado. El éxito superó lo imaginable. El criadero de asnos fue insuficiente y lo amplíé. Compré más tierras. Alquilé más peones. Los burros venían a la Clínica San Antonio en remolques mullidos con objeto de evitar posibles y lamentables estropicios en el trayecto. Fui invitado a congresos internacionales. Mi técnica se televisó de continente a continente vía satélites estacionarios de comunicaciones. Vino la prosperidad. Construí un monumento a Vergonzoso, porque los chafarotes pintos —mi especialidad —eran cotizadísimos y sólo mi amado garañón

los proporcionaba a través de sus vástagos. Lo hizo el escultor Rodrigo Arenas Betancourt, pesa cien toneladas y aún puede admirársele en lo alto del Cerro de la Estrella. Esta efigie burrestre supera en belleza a las obras de Donatello, Verrochio y Tolsá.

Recibí pedidos hasta de Groenlandia.

Efímero florecimiento. Mis trasplantados, al rebasar los cuarenta años invariablemente morían. Al principio los decesos pasaron inadvertidos, pero la envidia de mis colegas me perdió. La asociación de esas muertes a mis trasplantes surgió inequívoca y concluyente: arriba de los cuarenta es funesto poseer una extraordinaria dimensión genital debida al excesivo torrente de sangre necesario para la erección, el cual afecta a fondo el buen funcionamiento cardíaco. Al injertado le sobrevénia la feliz muerte del caguamo, es decir, en pleno acto amoroso. No faltó quien proclamara que muerte como esa, mil muertes le dieran, sin embargo, desoyendo la voz popular, médicos y abogados se coludieron para socavar mi prestigio.

Clausuraron la Clínica San Antonio y suspendí los trasplantes. Fui procesado y el fallo resultó adverso. Casi he cumplido la sentencia.

No estoy vencido. Abriré otra clínica. En ella haré trasplantes porcinos. Acondicionaré nuevo criadero en Pénjamo, Gto.

El de cerdo, aunque no es falo gigantesco, es como un tirabuzón; la forma suple al tamaño. Los habrá de rosca izquierda y de rosca derecha. (Usted, amable Juez, ¿cómo lo profiere? Pronto podría estar a sus órdenes, si me concede la libertad en plazo breve. Le aseguro un ochenta por ciento de descuento).

INDICE

I.—COPROFERNALIA	5
II.—BARNARDIANA	53

ILUSTRACIONES

1.	Vidal
2.	Cardona Chacón
3.	Vidal
4.	Alvarez Amaya
5.	Gonzalo Mayo
6.	Valdiósera
7.	Vidal
Portada	Vidal



Coprofernalia es el resultado (o síntesis) de un encuentro y de una conversación. El encuentro fue entre los escritores Octavio Paz, nuestra mejor carta para obtener el Nobel de literatura, y Gonzalo Martré, narrador estupendo. La plática, bueno, será mejor que la transcriba, ya que fui testigo. Lugar: Universidad de Washington. Martré fue hasta ese sitio para escuchar una conferencia de Paz: *Eros, Literatura, el Sexo y*

Yo. La exposición paziana concluyó. Martré lo felicitó: "Octavio, genial, como de costumbre". "Gracias, Gonzalo, pero creo que la persona más indicada para tratar estos temas eres tú, el Miller mexicano". "No es para tanto", repuso Martré con su habitual modestia. Paz prosiguió: "Hablo en serio, he leído tus libros y es obvio que sólo tú puedes penetrar en el verdadero erotismo. Creo que incluso deberías escribir una novela salvajemente escatológica, algo que escandalice a las buenas conciencias de la región más transparente, pero que al hacerlo las obligue a despojarse de las máscaras, quedando libres de prejuicios y con su verdadera identidad y el rostro auténtico. ¿Qué necesitas? Tienes audacia, talento, careces de inhibiciones y de escrúpulos para narrar la abyección. En fin, se trataría de llegar a ciertas demostraciones de rigor literario, donde el humor y el sexo, hechos fundamentales del hombre, adquieran nuevos sentidos radicales, a la manera de Sade". Martré vio largamente a Paz, aceptó el reto y regresó a México para escribir las cuartillas de este libro audacísimo e insólito en la narrativa mexicana. Ahora queda en manos del lector que entrará de lleno en un mundo fascinante. *RAF.*

